

Una economía para el estar bien

Towards an economy of wellbeing

GONZALO RAMÍREZ DE HARO*
Universidad Rey Juan Carlos, España
gonzalo.ramirezdeharo@urjc.es

RESUMEN

En este texto se relaciona el “estar bien” con la aspiración de lograr “la mayor felicidad para el mayor número”. Contrariamente a lo que pudiera parecer, esta orientación se puede plasmar en una serie de prioridades bastante concretas, como reducir la pobreza, disminuir la desigualdad, eliminar diferentes formas de explotación laboral y favorecer simultáneamente la creación de puestos de trabajo, promover la actividad relacional, conservar el medio ambiente, favorecer la paz o contrarrestar el consumismo que se ha extendido en las sociedades “occidentales” (y en otras). Esto último conlleva adoptar políticas orientadas a reducir las aspiraciones. Desde esta perspectiva, el objetivo fundamental deja de ser la búsqueda del crecimiento económico, aunque éste pueda contribuir a la consecución de algunas de las prioridades mencionadas.

Palabras clave: economía, crecimiento económico, bienestar, felicidad, buen vivir

ABSTRACT

In this text “being well” is related to the aim of achieving “the greatest happiness for the greatest numbers”. Contrary to what it might seem, this perspective can be translated into a quite concrete set of priorities, such as reducing poverty, decreasing inequality, eliminating different forms of exploitation, promoting relational activity, preserving the environment, encourage peace or countering consumerism in “Western” society (and in others). The latter entails the adoption of policies oriented to reduce aspirations. According to this perspective, the main objective is no longer the search of economic growth, although it might contribute to achieve some of the mentioned priorities.

Keywords: economics, economic growth, wellbeing, happiness, good living

^aDoctor en Economía por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular de Economía del desarrollo (e.u.) de la Universidad Rey Juan Carlos.

Recibido: 19/03/2018 Aceptado: 10/05/2018

En algunas propuestas sobre buen vivir se plantea organizar la sociedad a partir de algunos principios de pueblos amazónicos y andinos, como la reciprocidad o la complementariedad. Una dificultad a la hora de aplicar este tipo de planteamiento viene dada por el problema de la escala: lo que funciona en el ámbito de una comunidad de tamaño más o menos reducido, puede ser difícil de concretar en un ámbito mayor (como, por ejemplo, un país).

Una aproximación diferente al buen vivir consiste en relacionarlo con la vida que nos lleva a *estar bien*. Conviene referirse al “*estar bien*” en lugar de al “bienestar”, porque este último término, tal como habitualmente se entiende, se suele asociar a una mayor capacidad de consumir bienes y servicios. En cambio, el “*estar bien*” está menos connotado y no se circunscribe a lo económico. Tiene que ver con cómo nos sentimos en nuestras relaciones con nosotros mismos, con las otras personas, con el medio físico en que se desarrolla nuestra existencia, etc.

Si pensamos en términos colectivos podríamos relacionar el “*estar bien*” con la aspiración de lograr “la mayor felicidad para el mayor número” (Hutcheson, 1726: II. III. § VIII). Contrariamente a lo que pudiera parecer, esta orientación se puede plasmar en una serie de prioridades bastante concretas:

1.- Reducir la pobreza. Por debajo de un cierto nivel de ingreso (que varía de una sociedad a otra) resulta muy difícil que las personas se sientan bien. Esto es particularmente claro en el caso de quienes no están en condiciones de cubrir las más imprescindibles necesidades básicas. Es, por tanto, prioritaria la disminución de la pobreza (y, en particular, la extrema).

2.- Disminuir la desigualdad. Quienes son pobres y tienen a su alrededor a personas muy ricas posiblemente se sientan peor que si están rodeados de personas con un nivel económico similar al suyo. Dado que la posición que ocupan las personas en comparación con otros integrantes de la sociedad incide sobre sus niveles de felicidad, tiene sentido aplicar medidas orientadas a reducir las diferencias económicas y sociales¹.

Una manera de conseguir esto es recurrir al mecanismo “clásico” de combinar impuestos progresivos, que gravan comparativamente más a quienes más tienen, con un mayor gasto “social” -en educación, salud, prestaciones por desempleo, pensiones, asistencia social, etc.-, orientado en mayor medida a quienes menos tengan.

3.- Eliminar diferentes formas de explotación laboral y favorecer simultáneamente la creación de puestos de trabajo, dado que el desempleo reduce de manera importante la satisfacción con la vida.

4.- Promover la actividad relacional². La interacción no conflictiva con los demás constituye una fuente importante de satisfacción. Si esto es así, parece razonable considerar las formas de interacción social directa, cara a cara, con otras personas existentes en la sociedad como un bien a cuidar.

1 Aristóteles, en *La Política*, escribió: “Es evidente, pues, que la más perfecta comunidad civil es la que existe entre los ciudadanos de la misma condición media, y que no puede haber un Estado bien regido sin que la clase media sea la más poderosa [...]. Es verdaderamente una suerte que los ciudadanos sólo posean una modesta fortuna, pero suficiente para sus necesidades, pues donde los unos tienen riquezas inmensas y los otros nada, resulta siempre, o la peor de las democracias, o una desenfrenada oligarquía o una tiranía brutal e insoportable.” (1986: 8).

2 Aristóteles relacionaba la felicidad con la realización del potencial humano que uno tiene (Bruni y Porta, 2005: 7), así como con la amistad, no planteada en términos instrumentales, y la participación en la vida política (2005: 8). Resaltaba, por tanto, la importancia de la actividad relacional.

5.- Conservar el medio ambiente. Cuando vamos a parajes que tienen una naturaleza espléndida y bien cuidada sentimos con frecuencia sensaciones de sosiego y “*estar bien*” que no tenemos en lugares en los que hay altos niveles de contaminación y degradación ambiental. Esta prioridad supone también limitar el recurso a la extracción de recursos naturales no renovables como medio para obtener divisas con las que financiar toda una serie de partidas de gasto público. Por otra parte, en el ámbito de la agricultura, implica, entre otras cosas, la utilización de técnicas de cultivo que hagan menos uso de fertilizantes y pesticidas químicos y permitan mantener en mayor medida la vida de los microorganismos que hay en la tierra.

6.- Favorecer la paz. Dado que la guerra y el conflicto constituyen una fuente importante de infelicidad, tiene sentido establecer mecanismos orientados a conseguir o mantener la paz, tanto dentro de una sociedad como en la relación de ésta con las demás.

7.- Contrarrestar el consumismo que se ha extendido en las sociedades “occidentales” (y en otras). Ello permitiría evitar la “trampa de la infelicidad” (Bruni y Porta, 2005: 14) en la que caen las personas que dedican una cantidad desmesurada de su tiempo y de su esfuerzo al aumento del ingreso.

Es interesante en este sentido la contraposición que plantea Schumacher (1993: 42) entre la perspectiva de un “economista moderno” y la del budista. El primero supone que quien consume más está mejor que quien lo hace en menor medida. En cambio, para un “economista budista” este enfoque sería “excesivamente irracional: dado que el consumo es tan sólo un medio para el bienestar humano, el objetivo debería ser obtener el máximo bienestar con el mínimo de consumo”.

En una nota a pié de página anterior se señaló que una perspectiva asocia la felicidad a la actividad relacional. De acuerdo a otro enfoque, defendido entre otros autores por Easterlin (2005), depende de la relación entre lo que se desea y lo que se consigue. Tradicionalmente los economistas se circunscriben al segundo término y se centran en cómo aumentar la disponibilidad de bienes y servicios. Sin embargo, si nos planteamos en serio la búsqueda de la felicidad es fundamental pensar también en el otro lado: el de las aspiraciones. En sociedades de “consumo masivo” tiene sentido pensar en *políticas orientadas a reducir las aspiraciones*, como forma de favorecer un aumento en los niveles de “*estar bien*”. En esta línea cabe pensar en diferentes tipos de iniciativas para ayudar a las personas a tomar conciencia de que no necesitan consumir compulsivamente para sentirse bien³: reducir los espacios dedicados a la publicidad en dichas sociedades, realizar campañas orientadas a difundir valores de austeridad, cambiar los patrones de referencia en las comparaciones (o, mejor aún, tender a evitarlas), etc.

La reducción de los niveles de consumo en el mundo “occidental” implicaría una menor necesidad de utilizar recursos no renovables, que están limitados en cantidad y proceden en gran medida de otros países. Esto, en línea con lo que señalaba el propio Schumacher (1993: 43-45), supondría reducir una de las fuentes importantes de conflicto entre personas (y naciones) que existen en el mundo.

Desde la perspectiva esbozada a lo largo de los puntos anteriores, el objetivo fundamental deja de ser la búsqueda del crecimiento económico, aunque éste pueda contribuir a la consecución de algunas de las prioridades mencionadas, particularmente en países muy “pobres”. Es más, hay toda una serie de circunstancias en las que tiene sentido reducir las tasas de crecimiento. Por ejemplo, en contextos en los que la entrada de capital extranjero da lugar a

³ Easterlin plantea que “la felicidad aumentaría dedicando más atención a la vida familiar y a la salud en lugar de a la ganancia económica y, dentro de la esfera económica, a los bienes no posicionales y culturales” (2005: 54) y señala que se ha de hacer más hincapié en la educación “como vehículo para formar preferencias más informadas” (2005: 57).

un aumento relevante de los precios de los activos inmobiliarios y/o financieros, conviene limitar la entrada de fondos del exterior (lo que probablemente se traduzca en menores tasas de crecimiento), porque las crisis asociadas al estallido de *burbujas* con frecuencia tienden a afectar comparativamente más a los colectivos de población de menores ingresos.

En un artículo reciente, Easterlin, Wang y Wang muestran un ejemplo interesante de trayectorias divergentes de crecimiento económico y “*estar bien*”. Señalan que a pesar de las altísimas tasas de crecimiento que ha tenido China durante las últimas décadas (el PIB per cápita se multiplicó por más de cinco entre 1990 y 2015), los niveles de satisfacción con la vida actualmente son probablemente menores que en 1990 (2017: 49). Se redujeron considerablemente entre 1990 y 2000-2005 y posteriormente se recuperaron, pero, a pesar de ello, según la Encuesta Mundial de Valores el nivel medio de 2012 (6,85) era significativamente menor que el de 1990 (7,29) (2005: 50). Relacionan este resultado con el hecho de que las reformas adoptadas condujeron al desmantelamiento de la red de seguridad social anteriormente existente y generaron un aumento del desempleo (2005: 67). Ambos fenómenos se tradujeron en una creciente ansiedad y una marcada reducción de la satisfacción con la vida, sobre todo entre los segmentos de población de menores ingresos (2005: 67-68).

Otro ejemplo de que no necesariamente hay relación entre la renta por persona (derivada de los niveles de crecimiento que ha habido en el pasado) y el “bienestar subjetivo” tiene que ver con el hecho de que en un estudio reciente sobre felicidad en 155 países, encontramos, entre los treinta con mayores niveles de satisfacción, ocho de América Latina, por delante de otros como Francia o España (Helliwell, 2017: 20)⁴.

Conclusión

Resulta muy sensato orientar la economía hacia la consecución de un mayor “*estar bien*”, de acuerdo con las prioridades anteriormente señaladas, en lugar de a la búsqueda obsesiva del crecimiento

4 Eran en concreto Costa Rica (posición 12), Chile (20), Brasil (22), Argentina (24), México (25), Uruguay (28), Guatemala (29) y Panamá (30). Francia estaba en el puesto 31 y España en el 34 (Helliwell, 2017: 20). Es posible que los elevados niveles de satisfacción con la vida de muchas sociedades latinoamericanas estén relacionados, entre otros motivos, con que: no tienen los altísimos niveles de pobreza que hay en sociedades de África y partes de Asia; están menos afectadas por las “aflicciones del desarrollo” (incidencia de enfermedades como la depresión, la anorexia o la bulimia, etc.); no ha habido una excesiva individualización de las relaciones sociales; y no tienen, en general, un medioambiente tremendamente deteriorado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aristóteles. (1986) *La política*. Barcelona. Iberia, 6ª ed.

Bruni, Luigino y Luigi Porta (2005). Introduction, en *Economics and happiness: framing the analysis*, Cheltenham. Edward Elgar, pp. 1-28.

Easterlin, Richard A. (2005). Building a better theory of well-being, en Luigino Bruni y Luigi Porta (2005) *Economics and happiness: framing the analysis*, Cheltenham. Edward Elgar, pp. 29-64.

Easterlin, Richard A., Fei WANG y Shun WANG. (2017). Growth and happiness in China, 1990-2015, en Helliwell et al.: 2017, pp. 48-83.

Helliwell, John, Richard Layard y Jeffrey Sachs (eds.) (2017) *World happiness report 2017*. Nueva York. Sustainable Development Solutions Network.

Hutcheson, Francis. (1726) *An inquiry into the original of our ideas of beauty and virtue in two treatises*. Londres. J. Darby et al., 2ª ed.

Schumacher, Ernst Friedrich. (1993) *Small is beautiful. A study of economics as if people mattered* (1973). Londres. Vintage.

